

La magia oculta

Anabel Botella

Ilustraciones
Cristina de COS-Estrada



© Ediciones DIQUESÍ, S.L.

© de la autora: Anabel Botella

Ilustraciones: Cristina de Cos-Estrada

Edición: María J. Gómez

Diseño: Estelle Talavera

novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-945196-6-6

Depósito Legal: M-7715-2018

© Todos los derechos reservados 1ª Edición: Madrid 2018

Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

A todas las mujeres de mi familia, en especial a mi madre (Marga), a mis dos hermanas (Marga y Nuria), a mis dos abuelas (Ana, a la que no conocí, pero a la que siempre sentí cerca de mí, y a Isabel, la mejor contadora de historias) y a mis sobrinas (Enea y Eva) porque ellas forman parte de mi historia personal. Recordad lo que somos: una con todas.





Prólogo

La magia oculta

Hacía años que Rosalí se sentía vacía por dentro; los mismos que había decidido seguir a su señora. Por esa misma razón estaba dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias de la decisión que llevaba tiempo rumiando. Tal vez eso la redimiera de todo el daño que había causado.

Se colocó la capa que la hacía invisible antes de salir de su escondrijo. Se la acababa de tomar prestada a su señora, ya que Nevus era de las pocas brujas que gozaba del privilegio de tener un manto que la ocultaba del mundo. Los tratados antiguos de magia decían que cada uno de los cinco pueblos tenía una capa protectora, y una de ellas era la de Nevus. La sirvienta se encaminó hacia donde había dejado a la pequeña. Paró unos instantes para tomar aire. Se sentía demasiado cansada porque el parto había sido muy largo; sin embargo, nada la detendría.

A lo lejos vio la cueva donde se encontraba la niña. A ambos lados de la entrada había dos magos que custodiaban el acceso. Tenían órdenes de que nadie entrara ni saliera de la cueva sin una orden expresa de Nevus.

Estaba demasiado nerviosa, pero había tomado la decisión de salvar a aquella criatura. La oscuridad de la noche sería una buena aliada para salir de Rosas Negras. No tenía dudas de lo que tenía que hacer, aunque le fuera la vida en ello.

Trató de no hacer ruido con sus pisadas. Se detuvo a varios metros y sacó la varita del bolsillo de su túnica. Antes de entrar, realizó una serie de glifos en el aire y lanzó el encantamiento *morbidi* a los dos guardias que custodiaban la entrada para adormecerlos. Rosalí esperó varios segundos y, cuando estuvo segura de que los guardias no se despertarían, miró a ambos lados antes de acceder a aquella caverna en la que acababa de nacer la hija de Nevus.

Rosalí no podía dejar que se llevara a cabo el funesto destino del bebé que no tenía más que unos minutos de vida. Siempre había defendido a Nevus, y creyó en ella cuando levantó al pueblo de Rosas Negras contra los otros cuatro. Sin embargo, el oráculo había anunciado que una chiquilla nacería el último día de octubre, la noche de las Almas Errantes, durante una tormenta de lluvia y viento, y que lucharía al lado de la bruja que acabaría con Nevus. Todo hacía presagiar que aquella criatura era justamente la pequeña que estaba sobre el ara de bronce. Pero no se conformaba con sacrificar a la niña. Su interés iba mucho más allá.

Pensar en ello le provocaba escalofríos. Sialy debía permanecer en el lugar al que fue confinado por Livia la Mayor, y años más tarde por la sirena azul, Ofelia. Su señora había llegado demasiado lejos. Rosalí se rebeló contra la idea de sacrificar a un bebé por un maldito augurio que había anunciado un nigromante a Nevus. Todas las predicciones que había hecho hasta el momento habían fallado, y nada hacía presagiar que en esta ocasión acertara.

Rosalí respiró hondo y se encaminó al altar donde dormitaba la pequeña. La tomó con sumo cuidado y la envolvió con su chal;

se la colocó pegada a su pecho, anudándola a un pañuelo grande, y salió de la cueva sin hacer ruido. La niña hizo un mohín, frunció el ceño e hizo amago de llorar. La sirvienta posó el dedo meñique en los labios de la hija de Nevus para que lo chupara.

—¡Soltia!

La niña se tranquilizó tras el hechizo.

—Cuidaré de ti, pequeña, aunque tenga que pedir ayuda a los otros pueblos.

Volvió a tomar aire porque le faltaba el aliento. El alumbramiento de la hija de Nevus la había dejado casi sin energías para llevar a cabo su plan. Durante todo el día anterior había realizado una serie de sortilegios para que la niña se retrasara unas horas, pero la pequeña tenía prisa por nacer en la noche de las Almas Errantes. Sin embargo, sacó fuerzas de donde no había y desanduvo el camino hasta su casa, donde guardaba el grimorio que había pertenecido a su abuela, una gran bruja. Antes de emprender el vuelo escuchó los alaridos de su señora. Debía darse prisa si quería poner a salvo a la niña.

—¡Buscadla! Esa niña no debe vivir. Su muerte nos traerá la victoria que deseamos. Su sangre nos devolverá a Sialy.

Rosalí sacó del bolsillo de su túnica la escoba, la tiró hacia arriba y pronunció el conjuro que la devolvía a su estado original: *senánis*. La recogió con una mano para montarse sobre ella. Después golpeó las punteras y los talones de sus zapatos antes de elevar su escoba en el aire. Tras unos segundos en los que se creyó a salvo, un hechizo le golpeó la espalda, que la desestabilizó, aunque enseguida recuperó el equilibrio. Había previsto que recibiría más de uno y había tomado precauciones al colocar en su espalda un amuleto con tres cardinchas, unas flores que había recolectado la pasada primavera. Por la fuerza del impacto, creyó que había recibido un hechizo mortal. En caso de recibir otro, probablemente no lo soportaría.

—¡Rosalí, no podrás escapar de mí! ¡Me has traicionado! —gritaba Nevus.

Miró hacia atrás para comprobar que les llevaba ventaja y aprovechó que les sacaba varios minutos para poner rumbo a Río Verde. No era la primera vez que alguien muy cercano a Nevus la traicionaba. Su hermana Ágatha, en plena guerra, se pasó al bando que lideraba Jerónima Delvos, al de las brujas seguidoras de la magia blanca. Bien caro pagó su traición: Nevus la mató años después y juró acabar con el único hijo que tuvo Ágatha.

Rosalí logró sacar fuerzas para convocar al viento de Mistral y se dejó arrastrar por la corriente que la llevaría hasta el pueblo del agua, el más cercano a Rosas Negras. Voló durante horas y horas, sintiendo que le pisaban los talones. Aunque tan solo era una sospecha, porque hacía tiempo que había perdido de vista al grupo que la perseguía.

A lo lejos divisó el bosque de hayas que cercaba Río Verde. Antes de alcanzar los árboles se detuvo, olió el aire, buscó en el grimorio algún conjuro y realizó varios glifos con la varita para derribar las barreras de protección. Tras varios intentos consiguió colarse por un hueco, pero dio un traspié y cayó de espaldas al suelo. Se sintió desfallecer. Hizo el conjuro *ratatus* para guardar de nuevo la escoba en el bolsillo de su túnica. La niña comenzó a llorar, pero Rosalí consiguió calmarla.

Le pareció escuchar un murmullo lejano y se acercó con inquietud. En un claro del bosque había dos mujeres; una de ellas lloraba desconsolada. Todo hacía indicar que acababa de dar a luz. La otra, más mayor, que sostenía a un bebé, negaba con la cabeza.

—Dorotea, no he podido hacer nada por ella... Ha sido todo muy rápido —decía mientras acunaba al recién nacido entre sus brazos—. Es hora de despedirte de la niña —indicó al tiempo que le acercaba al bebé.

—Mi pequeña... Ella no podrá ver un nuevo día. —Dorotea rodeó con sus brazos al bebé y le acarició la mejilla—. ¿Por qué ella, bis...? No puede ser. Tiene que haber un error. No fue eso lo que me anunció la abuela de Casilda. Soy muy mayor para tener otro hijo.

La mujer anciana cerró los ojos y soltó un gemido afligido.

—¿Qué más puedo decirte? Se me han acabado las palabras.

Rosalí se acercó un poco más y pisó una rama que alertó a las otras dos mujeres.

—¿Quién anda ahí? —quiso saber la más joven de ellas.

La sirvienta se dejó ver, retirando la capucha de su cara. Dorotea abrió la boca y negó con la cabeza al tiempo que sacaba la varita de su túnica en posición de ataque. Le costó reconocer a la criada de Nevus; la magia negra había hecho mella en ella. Estaba demacrada, y tan delgada que era un milagro que pudiera sostenerse en pie. Sin embargo, lo que en realidad espantó a las dos mujeres fueron sus ojos: dos huecos sin vida, tan hundidos que era como si no los tuviera.

—¿Qué haces aquí, Rosalí? —preguntó la mujer mayor.

La criada le mostró una mano para que viera que no llevaba su varita.

—No voy armada.

Dorotea se incorporó con la ayuda de la mujer mayor.

—No eres bien recibida. —La apuntó con su varita—. Será mejor que te marches por donde has venido.

—Por favor. —Dejó caer los hombros. Se tambaleó y tuvo que sujetarse al tronco de un árbol para no terminar cayendo de bruces en el suelo—. Tenéis que ayudar a esta niña. He venido en son de paz. Hay que salvarla, Nevus quiere sacrificarla. —La dejó en los brazos de la mujer mayor—. Es solo una criatura —dijo rápidamente antes de mirar a su espalda—. No me queda mucho tiempo.

—¿Por qué? —quiso saber Dorotea—. ¿Qué te importa a ti la vida de esa niña cuando hace años os alzasteis contra nosotros? Murieron niños, entre ellos la hija de mi hermana. ¿A qué viene tanta urgencia?

Rosalí cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Esta vez es diferente. No puedo seguir apoyando a Nevus. Pretende sacrificar a su propia hija. No hay nada que detenga a esta mujer.

Dorotea sintió un escalofrío. Aún recordaba el enfrentamiento que mantuvieron en la Gran Guerra. Ambas estuvieron a punto de perder la vida. Muy pocas brujas podían hacer frente a Nevus. Bien caro lo pagó Ághata, que a pesar de ser casi tan poderosa como su hermana murió. Desde entonces, Dorotea perseveraba por ser cada día más grande. Deseaba por encima de todas las cosas ser comisaria general. Sabía que Nevus y ella volverían a encontrarse.

—Estás mintiendo —repuso Dorotea con acritud.

La sirvienta movió la cabeza de un lado a otro y miró a la mujer mayor. Vio la duda reflejada en su cara.

—No, no miento, Alberta. Tú me conoces. Fuimos juntas a la Gran Cueva de Hechicería. —Le sostuvo la mirada—. El oráculo de un mal nigromante anunció que esta niña sería el arma definitiva para acabar con Nevus. —Dejó escapar un gemido—. Si esta criatura es sacrificada, Nevus podría, con la sangre derramada de la pequeña, despertar a Sialy otra vez... Eso sería el fin para todas nosotras.

La mujer mayor abrió los ojos de par en par al tiempo que Dorotea se quedaba sin aliento.

—¿Sialy...? —inquirió Alberta—. No puede ser. Está bien custodiado por los cinco elementos.

—¿Cómo has dicho? —Por primera vez, la joven posó la mirada en la pequeña que sostenía su bisabuela en brazos.

Sin embargo, aunque Rosalí volvió a repetir las mismas palabras, Dorotea solo tenía ojos para los dos bebés: el que acababa de perder y el que le había entregado la sirvienta de Nevus a su bisabuela. Las dos niñas se parecían, pues ambas compartían una peculiar mata de cabello pelirrojo.

—Bis... ¿y si es ella? ¿Y si la abuela de Casilda se refería a esta niña? —Volvió a contemplarla y notó un nuevo sentimiento en su pecho.

—No nos queda mucho tiempo —las apremió Rosalí—. Os tenéis que decidir ya. Mucho me temo que si salgo con ella de aquí no sobrevivirá.

—Es ella, lo sé —aseguró Dorotea al tiempo que sentía un pellizco en el estómago.

—¿Cómo dices? —preguntó Alberta.

—Que puede que sea esta niña. —Entregó su hija a la mujer mayor al tiempo que tomaba a la otra en brazos.

Se escuchó un alarido lejano que se confundió con un trueno. Rosalí miró al cielo con el miedo pintado en sus labios. Aún faltaban unas pocas horas para que amaneciera.

—Vienen a por mí... No tardarán en encontrarme. —Se humedeció los labios—. Protegedla, por favor. —De repente tuvo una revelación que podía ser la solución a su problema—. Dejad que me lleve a vuestra pequeña, por la que ya no podéis hacer nada. Nevus creerá que esta es su hija y confiará en mis palabras.

Volvió a mirar al cielo. A lo lejos vio una mancha oscura que se acercaba. Alberta siguió la dirección de la mirada de Rosalí.

—Mi niña no... —musitó Dorotea sofocando un gemido—. Es tan pequeña...

—Nació sin vida. —Le recordó Alberta—. Deja que se la lleve. Cuidaremos de esta otra, a la que aún estamos a tiempo de salvar.

—No puedo esperar mucho más, tengo que despistarlas —les urgió ante las dudas de Dorotea—. Si nos encuentran aquí no

podremos hacerles frente. Yo he conseguido traspasar las barreras de protección, así que ellas también lo harán.

Alberta le entregó a la pequeña sin vida. Dorotea se acercó hasta su bebé.

—No quiero separarme de ti —dijo con un nudo en la garganta—. Te habría querido como querré a esta niña. —La besó en la frente—. Que el río de la vida te lleve a buen puerto.

Rosalí se la colocó sobre su pecho como había hecho con la hija de Nevus.

—¿Tiene nombre? —quiso saber Dorotea.

—No, aún no. Si hubiera sido hija mía la llamaría como mi abuela, una bruja extraordinaria. Fue una gran comisaria general que siempre creyó en la magia blanca.

—La llamaremos como ella —aseveró Alberta—. Estaría orgullosa de ti por haber salvado a esta niña de su cruel destino.

—La historia de esta pequeña aún está por contar —repuso Dorotea.

Rosalí volvió a mirar en el grimorio antes de partir.

—Tendréis que ocultarla. —Calló durante dos segundos, porque lo que iba a decir a continuación no sería del agrado de las dos mujeres—. Aunque mi abuela siempre creyó en la magia blanca, necesitáis el conjuro *spylitus*.

Les mostró en el grimorio el conjuro del que hablaba la sirvienta. Ambas mujeres negaron con la cabeza. Aquello implicaba practicar magia negra.

—Si no lo hacéis, la estaréis condenando a muerte. Más temprano que tarde Nevus la encontrará. Es importante que todas las mañanas, antes de que despunte el sol, se tome la pócima.

Tras meditarlo brevemente, Dorotea buscó la mirada de su bisabuela.

—Lo haré. No es hora de andarse con remilgos. No entregaré a mi... —Miró a la pequeña que sostenía en brazos, a la que ya

sentía como suya—. No entregaré a mi hija a Nevus. Tendrá que pasar por encima de mí. Cuidaré de ella.

Dorotea suplicó con la mirada a la mujer mayor que necesitaba su ayuda. Alberta asintió al tiempo que su bisnieta se llevaba una mano al moño y tomaba una aguja para pincharse el dedo. Cinco gotas de sangre tocaron los labios de la niña mientras Alberta realizaba unos glifos en el aire.

—Por el poder que me han conferido los cinco elementos, mi sangre ahora es la tuya. —Dorotea elevó a la pequeña por encima de su cabeza—. A las almas errantes les imploro que esta niña cumpla con su destino.

Un rayo partió el cielo en dos y cayó al lado de la mujer que sostenía a la pequeña, de la que brotó un rosal con cinco rosas rojas.

—Recordad, los pétalos de rosa para la pócima que tome todos los días han de ser de este rosal —advirtió Rosalí.

—Así será—respondió Dorotea mirando al cielo—. Están a punto de llegar.

Rosalí asintió con la cabeza, se acomodó de nuevo la capa invisible y alzó el vuelo. Tomó rumbo hacia el este, hacia la luz del sol, dejándose ver para que Nevus siguiera sus pasos.

Cuando la criada tuvo la seguridad de que la habían visto, se encaminó hacia un nuevo amanecer.



Capítulo 1



Me dejé caer con rabia encima la cama y me tapé la cabeza con la almohada. Ya había perdido la cuenta de las veces que había escuchado aquella tarde la misma estúpida cancioncilla. Era una letra para niños y niñas de no más de ocho años.

*La bruja Nevus
quiere dominar
todo nuestro mundo
¿quién la detendrá?
De agua y Río Verde
dicen que saldrá,
la bruja valiente
que la ha de enfrentar.
Que venga ya,
que venga ya,
la bruja valiente
que el mal detendrá.*

Tenía que reconocer que al principio me hizo algo de gracia. Puede que hace años yo misma fuera una de las niñas que la hubiera cantado en la plaza. Sin embargo, en aquel momento,